

Presentación

Luis Gerardo Morales Moreno*

En 1925, el régimen de Plutarco Elías Calles celebró con solemnidad el centenario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía fundado por el presidente de la primera República Federal, el general Guadalupe Victoria. La conmemoración era congruente con el nuevo estado de cosas emanado de la guerra civil de 1910-1920. En los años veinte, el nuevo Estado, sus ideólogos e intelectuales protagonizaron un profundo movimiento revisionista del pasado histórico de México. El Museo Nacional simbolizaba fielmente los cien años de búsqueda de una idea de Patria. Sus muros, vitrinas y salones conservaban y exhibían los restos materiales del México prehispánico, o sea del origen de los mexicanos. La preocupación científica por el pasado había sido promovida por el Estado-Nación en dos sentidos complementarios: por una parte, como una administración civil de la cultura y, por otra, como una regulación política del saber histórico-antropológico.

El discurso conmemorativo consideró a los primeros evangelizadores franciscanos y a los criollos ilustrados auténticos patriotas. Ya desde 1892, los salones de «Historia Patria» del Museo Nacional porfirista mostraban retratos de frailes piadosos, así como también el estandarte guadalupano con que Miguel Hidalgo convocó al derrocamiento del gobierno virreinal. Puig Cassauranc, secretario de Educación; Manuel Gamio, subsecretario; Alfonso Pruneda, rector de la Universidad Nacional y otras distinguidas personalidades diplomáticas y científicas, develaron en el Salón de Códices los retratos de fray Bernardino de Sahagún y Lorenzo Boturini «para conmemorar la labor infatigable de ambos que

*ENAH/INAH

fue enderezada a estudiar y salvar de la destrucción y del olvido los documentos indígenas, las antiguas crónicas de los misioneros y las tradiciones vernáculas».¹ Por otra parte, el escritor Alfonso Teja Zabre, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, pronunció un discurso de homenaje en el que refrendó la tesis de la objetividad de la historia representada en las salas del museo. Para él, los objetos hablaban por sí mismos, eran la historia misma:

Porque allí hemos sentido como en ninguna otra parte, la impresión humana que produce la figura de Cuauhtémoc, no sólo como entidad simbólica, sino de carne y hueso [...]. Allí hemos pasado junto al confesionario de Hidalgo [...] y saltando siglos, como si nos arrebatara la máquina de explorar el tiempo, podemos acumular con la imaginación y con la vista los uniformes de Morelos y el cuadro ecuestre de don Porfirio Díaz, reviviendo un momento histórico.²

El Museo Nacional de 1925 hacía posible pasar de «Cuauhtémoc a Cortés y de Maximiliano a Juárez, a Porfirio Díaz y a Madero, sin exaltarse ni lanzar imprecaciones». Según Teja Zabre, en el museo podemos acoger «al más amplio concepto de la historia como arte...». Poco después, en 1931, en la era del maximato callista, volvió a conmemorarse un segundo centenario del Museo Nacional, el de su fundación legal definitiva por obra del gobierno del general «centralista» Anastasio Bustamante. Organizó la conmemoración el constitucionalista, periodista e historiador Luis Castillo Ledón, entonces director del museo, y lo acompañaron Narciso Bassols, secretario de Educación y Samuel Ramos, oficial mayor de dicha Secretaría.

En esta ocasión fueron develados retratos y bustos de más personajes como Francisco Javier Clavijero, Alejandro de Humboldt, Lucas Alamán, Fernando Ramírez, Justo Sierra y Genaro García, entre otros. Castillo Ledón resaltó en su discurso la obra de Alamán, «fundador innegable del Museo», su verdadero autor intelectual. En su elocuente reconocimiento a los directores precedentes a él, Castillo terminó haciendo votos para que el Museo fuera:

¹ *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, Imprenta del Museo Nacional, México, abril-junio, 1925, p. 109.

² *Ibidem*, pp. 114-115.

*no un simple almacén de cosas viejas, no un cuerpo muerto, sino un organismo viviente, fuente de estudio y enseñanza, como lo exige el concepto moderno de los museos, y ya que es éste el santuario de nuestra gloriosa tradición.*³

En ambos homenajes observamos que ni el sectarismo anticlerical del callismo se plasmaba en sus metáforas museográficas, ni tampoco la noble tradición de la Patria museable imponía aún sus dogmas excluyentes. Era incuestionable que Lucas Alamán había sido el más entusiasta promotor de la conservación de «antigüedades mexicanas» en el Museo Nacional del México Independiente, crédito que los antihispanistas de nuestra historiografía liberal decimonónica todavía no le reconocen. Lo más sugerente de la política conservadora de Alamán fue que su iniciativa mantuvo una continuidad inequívoca con la petición que hizo el jesuita desterrado, el criollo Clavijero, a los académicos de la Universidad, en 1780, en su obra, de establecer «un museo no menos útil que curioso» y conservar ahí los restos de «las antigüedades de nuestra patria». En efecto, los decretos presidenciales de 1825 y 1831 iniciaron un proceso museológico inédito: la conversión de los objetos idolátricos en colecciones de museo. De esta manera, los republicanos liberales o conservadores, federalistas o centralistas, fundaron una tradición cultural e ideológica con la que un siglo después se identificaron los intelectuales y políticos de la Revolución.

Esa tradición fundante operó como un constructo doctrinario e historiográfico, que dispuso pensar al Museo Nacional como dirección ideológica y recreación simbólica. Con estas premisas arranca la primera museología mexicana, brillantemente sistematizada por el médico Alfonso Pruneda y el ingeniero de minas Jesús Galindo y Villa durante el periodo 1913-1916.⁴ Los textos de ambos plantearon una aguda crítica de la museografía porfiriana, considerada «almacén de cosas viejas», y propusieron una conceptualización del museo público a la luz del positivismo científico y el difusionismo boasiano. En las ideas de Galindo y Villa destaca, en forma particular, la aplicación de una pedagogía patriótica al Museo-Templo de la Nación. Así, la primera museología crea un

³ *Boletín del Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía*, Imprenta del Museo Nacional, México, marzo de 1932, p. 30.

⁴ Pruneda, «Algunas consideraciones acerca de los museos», en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5a. época, tomo VI, número 2, México, febrero 1913, pp. 79-98; Galindo y Villa, «Museología: los museos y su doble función educativa e instructiva», en *Memorias de la sociedad científica Antonio Alzate*, tomo 39, México, 1921, pp. 415-473.

vínculo entre la museopatía porfirista y el nacionalismo revolucionario en la búsqueda de una identidad cultural común. El museo público de historia o antropología, además de cumplir con los fines educativos, estéticos y científicos, debía hacerlo con los patrióticos. El museo no era una representación de la Patria, sino su mimesis. Finalmente, otra aportación medular de esta museología propuso la contemplación de objetos como acción estratégica de una nueva educación estética. En la apreciación de las grandes piezas arqueológicas el museo debía servir para reeducar nuestros valores occidentalizados. En el arte museográfico se resolvían las contradicciones tanto del patriotismo —la disputa entre la raíz indígena y la española— como de las metanarrativas científicas (lo etnográfico, lo arqueológico, lo histórico, etcétera).

De manera incuestionable, las tesis del museo-templo o de la museopatía y el museo neutral prevalecieron por mucho tiempo en las praxis museográficas hasta que, a partir de 1968, algunos intelectuales y funcionarios culturales llevaron a cabo una revisión crítica de estas premisas. En *Posdata*, de Octavio Paz, y en los programas nacionales de museos de 1976 y 1986 del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), podemos constatar la transición conceptual a que condujo el espíritu antiestatolatra de la llamada generación del 68 y que afectó irreversiblemente a la museología de México.

La revista *Cuicuilco* presenta en este número la primera parte de una serie de ocho ensayos que son representativos de los cambios ideológicos y epistemológicos habidos en la última década, y que denominamos «nueva museología», en primer lugar porque, a diferencia de la «vieja museología» la «nueva» comienza a dejar atrás el empirismo y la improvisación y, por el contrario, refleja en sus conceptos, metodologías y prácticas una firme tendencia a la profesionalización. Los textos aquí reunidos, provienen predominantemente de centros de investigación y universidades donde el pensamiento museológico ha adquirido una incipiente, pero firme autonomía intelectual en relación con la *museopatía*; en segundo término, la nueva museología tiene una saludable vocación cosmopolita que le permite reflexionar la problemática de la museografía mexicana, ya no en forma localista sino en comparación con otras partes del mundo; por último, es indudable que la nueva museología mexicana ha recibido importantes influencias de la museología europea y norteamericana, principalmente. Sin embargo, no debemos soslayar la originalidad de los trabajos que aquí presentamos y que son resultado de la especificidad de la experiencia mexicana y latinoamericana.

La interdisciplinariedad, la creatividad teórica y la ambición de miras distinguen claramente la emergencia de un pensamiento crítico que ya no se ubica, predominantemente, en el terreno del INAH o del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), sino en su periferia o fuera de ambas instituciones gubernamentales. Paradójicamente, la nueva museología tampoco tiene como núcleo de producción a los propios museos, lo que en principio pone en duda la naturaleza de su vocación científica. Probablemente, esta situación sea el resultado de la imposible coexistencia entre una estructura burocrática que responde a los intereses doctrinarios de la educación pública, los que han convertido al museo de antropología, de historia o de arte en un templo laico; y una organización académica regida básicamente por los intereses del desarrollo científico y artístico, que requiere de profesionales que tengan al museo como un foro, es decir, como un espacio de libre experimentación y comunicación cultural. Por lo tanto, los estudios de la nueva museología sólo reflejan una realidad sintomática de los museos de México; sólo prefiguran la posible orientación de los cambios ineludibles que requiere la investigación museológica.

Cuicuilco presenta en esta primera parte de Nueva Museología Mexicana los ensayos de Felipe Lacouture, Graciela Schmilchuk, Luis Gerardo Morales, Marco Barrera y Ramón Vera, los que abordan las siguientes temáticas centrales: Lacouture expone suscintamente el desarrollo institucional de la museología según la óptica del Comité Internacional de los Museos, destacando la importancia de los aportes teóricos centroeuropeos; Schmilchuk ofrece una sugerente problematización sobre el escaso o nulo conocimiento que se tiene del público que visita los museos, ofreciendo alternativas metodológicas para su estudio; Morales acomete una cuidadosa reconstrucción de las contribuciones del estructuralismo y el postestructuralismo a la noción contemporánea de museo, destacando críticamente su papel en el reencantamiento del mundo moderno; y por último, Barrera y Vera narran su experiencia con los llamados museos comunitarios —de fuerte raíz indígena— en la era del Tratado de Libre Comercio entre México y los Estados Unidos de América.

Con la publicación de estos trabajos, *Cuicuilco* invita a sus lectores a abrir un espacio de permanente reflexión académica sobre el pensamiento y la práctica de los museos, tanto de México como del mundo, con el propósito de contribuir al desarrollo de la museología y al mejoramiento de los museos.